

de las costumbres» (1) son á menudo antiguas formas de vida no desaparecidas todavía. Sin embargo la naturaleza y la extrema civilización se encuentran aquí de manera sorprendente. El hetairismo siempre floreciente no tiene su causa tan sólo en los apetitos de una naturaleza joven é indomable, no calmados é inarmónicos todavía; débese también, en parte, á la cultura y al refinamiento de ciertas facultades intelectuales á expensas del carácter entero. Una elevada cultura intelectual y estética puede darse la mano con un gran relajamiento bajo el aspecto sexual. El individuo tiene (quizá) serios intereses en otros dominios; en cuanto al sexual, no piensa en él más que como medio de goce y diversión, sin preocuparse seriamente de su importancia moral. Además, no es raro que una cultura intelectual y estética exclusiva produzca un estado de espíritu estragado, refinado, un gusto por lo picante que halla principalmente su alimento en la esfera sexual. Otros dos motivos contrarios pueden hallarse todavía: la dura necesidad y la vitalidad exuberante. La necesidad impulsa al abandono, y, por otra parte, la necesidad de gozar impulsa á servirse de las desgraciadas obligadas á venderse para servir á la satisfacción de un deseo momentáneo. Causas muy diversas pueden continuamente dar lugar á que el instinto sexual se aisle de los demás elementos de la personalidad humana, y este aislamiento es el que constituye el punto delicado del problema sexual, estrechamente aunado al problema general de la cultura y al problema social entero; así, se comprende que no pueda resolverse completamente sino con el apoyo de los otros.

(1) Hafström. *Om Sädelighedsforholdene i det danske Folk* (Las costumbres del pueblo danés). Copenhague, 1888, p. 67.

## XVI

## La monogamia libre

1. Razones morales de la monogamia. — 2. El matrimonio y el «amor libre». — 3. Destino y responsabilidad en el matrimonio. — 4. Importancia de la comunidad de las tareas y del destino. — 5. El marido y la mujer bajo el pie de igualdad. — 6. La monogamia libre y el hetairismo.

1. Para que una comunidad de personas humanas sea perfecta es preciso que ninguno de sus miembros sirva á los demás de simple medio, y que, en ninguno de ellos, se desarrolle ninguna parte de su ser de una manera exclusiva, ó se la deje de lado. Todas las formas poligamas del matrimonio contradicen este principio, esto es, que un hombre pertenezca á varias mujeres ó una mujer á varios hombres. No es posible encontrar aquí abnegación completa en una sola persona: la relación es siempre parcial y en ella no se encuentra jamás unión perfecta. Por un lado nos dividimos; por el otro nos contentamos con un fragmento.

«En la poligamia, dice Kant (*Teoría del Derecho*, § 26) la persona que se entrega no recibe más que una parte de aquel á quien pertenece, y se transforma, por lo tanto, en simple cosa». Varios sirven de medios á uno solo ó á una sola, ó recíprocamente. Resulta, por otra parte, que en el seno de la



persona se forma una separación entre varios elementos que deberían obrar de concierto. Cuando el sentimiento del amor es algo más que el celo de un irracional, dos elementos, físico uno, ideal el otro, mézclanse con él inseparablemente, y la abnegación abraza á la persona entera. (Véase XI, 10). Pero en la poligamia es necesariamente preciso que el elemento puramente físico tenga preponderancia. El fragmento del yo susceptible de poder repartirse entre varios, es aquí el elemento puramente físico. En tanto la unión es del todo física, ó bien acto puramente animal, la unión sexual sólo tiene también límites puramente físicos. El lado físico de la unión sexual es el menos individualizado: cuanta mayor preponderancia adquiere, más se desvanece la diversidad de los objetos, y, recíprocamente, cuanto más diversos son los objetos á los cuales se dirige el instinto sexual, tanto más prepondera su lado físico. La vida sexual de las moscas ofrece un ejemplo de fácil observación. La unión completamente física es sólo momentánea, y la interrupción que produce en la lucha recíproca por la existencia no dura, á menudo, más que el instante de la cópula. En algunas especies de arañas, el instinto carnívoros despierta inmediatamente después del acto sexual, de tal manera que el macho y la hembra se contemplan mutuamente como una presa posible. Esto nos demuestra cuán fugitiva y aislada puede ser la manifestación del instinto sexual. Por lo contrario, en el amor verdadero entra, además del instinto elemental, la imagen del otro individuo en toda su originalidad, lo mismo que la alegría que experimentamos en su presencia. El instinto no obra ya como una fuerza del todo ciega, sino que nos abre los ojos respecto á la naturaleza del otro individuo y prepara de este modo un don de sí superior á la unión puramente física. En los grados superiores, el papel

moral del instinto sexual consistirá en descubrir y apreciar cualidades personales que sin esto permanecerían inadvertidas. Presta además á la atención el poder de una fuerza de la naturaleza. La estrechez de la unión no tiende entonces únicamente á que el instinto de conservación de la especie junte un individuo á otro de diferente sexo, sino también á que ejerzan su influencia las cualidades que sólo pueden manifestarse en una comunidad de vida duradera. No sólo el amor, sino aun la fidelidad pueden servir para hacer descubrimientos morales.

La monogamia es, pues, la única forma posible de enlace sexual para las personas independientes que se unen cada cual según su naturaleza completa y no para satisfacer simplemente una necesidad aislada.

2. En la naturaleza del don personal de sí mismo entra no sólo la comprensión de la persona completa, sino también la vida entera de las dos partes, dure el tiempo que quiera. Un sentimiento que no cree en su propia duración no es un sentimiento verdadero. Sería contra natura que en el momento en que un sentimiento hacia otro individuo llega á su excitación más viva, se hiciesen reservas en la convicción de que sólo durará determinado tiempo. Si el sentimiento es real, semejante pensamiento no puede existir. De que un sentimiento crea y deba creer en su propia duración no se infiere que dure en efecto. El superlativo es algo esencial en el sentimiento; cuando este último es intenso, excluye toda comparación y todo límite. No obstante, si á pesar de la convicción que de su duración se tiene, el sentimiento debiera extinguirse un día, no podría verdaderamente llenar el tiempo mismo de su duración limitada, á menos de que le acompañase la creencia en su constancia. Las ilusiones son frecuentes; pero un vínculo establecido con franca



conciencia, ó bien calculando que en cualquier ocasión podremos librarnos de él, no sólo supone, por regla general, una falacia para la otra parte, sino que es muy difícil que se convierta en un vínculo completo y perfecto.

Una persona no puede fraccionarse en instantes disjuntos y variables. La personalidad sólo existe cuando una unidad y una continuidad interna enlaza los instantes particulares, y cuando el núcleo fijo está formado por determinados sentimientos. Una persona no puede, por lo demás, contenerse toda en un solo instante. Al mismo tiempo encierra tal riqueza, que si existe una simpatía real, le prestará una vida entera para hacer nuevos descubrimientos. Es una gran ilusión creer que una serie de enlaces sexuales cambiantes pueda ofrecer rica materia al conocimiento de los hombres y al desarrollo humano (1). Enlaces pasajeros no permiten penetrar hasta el santuario íntimo: éste se abre tan sólo á una simpatía constante y fiel.

Lo que se llama, á menudo impropriamente, la teoría del «amor libre» es un ensayo para erigir la inconstancia en sistema y para proclamarla factor esencial del sentimiento del amor. El socialista francés Fourier reclama en la sociedad ideal un sitio para las diversas clases de uniones sexuales, desde el enlace de un instante hasta el que dura toda la vida, pasando por los diferentes grados de estabilidad; y entre las necesidades humanas que deben satisfacerse, nombra expresamente la del cambio, la «pasión mariposeante». Una serie de ideas análogas se hallan en el autor anónimo de los *Elements of so-*

(1) En este caso, una romana, citada por san Jerónimo, debía haber llevado muy lejos el conocimiento de los hombres: pues en su vigésimotercer matrimonio era la vigésimaprimer mujer de su marido.

*cial science*. Cuando este último pretende, no obstante, dejar de eliminar la idea del imperio sobre sí mismo y sostiene que el instinto sexual debe satisfacerse de manera que no cause perjuicio á ningún otro ser humano, exige en suma que las impulsiones momentáneas estén subordinadas á consideraciones más amplias, cosa que concuerda poco con las ideas directoras de la teoría del amor libre. La pasión, en efecto, es absolutista por naturaleza, y suprimir su omnipotencia implica ceder á otros sentimientos, por ejemplo la simpatía. No puede negarse en serio que, si existe una viva simpatía hacia otros seres, la necesidad sexual debe sufrir una importante metamorfosis antes de adquirir toda su fuerza. Una parte esencial de su intensidad tiende á su aislamiento. Por lo demás, para no ser injustos con este último autor, hay que tener en cuenta que por matrimonio entiende el matrimonio *indisoluble*. Donde la posibilidad del divorcio se ofrece tan fácilmente como por ejemplo en Alemania, el matrimonio, en su opinión, está de hecho suprimido (1). Es de observar, sin embargo, que todo eso degenera fácilmente en vana palabrería. Muchos ataques dirigidos de manera muy general contra el matrimonio, en particular por los *esthetas*, débense en verdad sólo á reminiscencias de las polémicas entabladas por los escritores franceses é ingleses contra el matrimonio indisoluble ó soluble únicamente por razones del todo especiales.

La inconstancia, que á veces se considera elemento esencial en la unión del hombre y de la mujer, producirá inevitablemente dolores é infortunios mientras no pertenezca á la naturaleza de todos los hombres, y conviene añadir en tanto la necesidad

(1) *Elements of social science*. By a Doctor of Medicine. 13.<sup>a</sup> ed. Londres, 1875, p. 371.



del cambio (gracias á una maravillosa armonía preestablecida) no se deje sentir simultáneamente en las dos partes. Un autor danés (1), que ha estudiado la relación entre el hombre y la mujer con mucha seriedad y talento desde un punto de vista puramente psicológico y moral, ha demostrado que mientras prescindiendo de las naturalezas polígamas, para las cuales la inconstancia y el cambio es una parte esencial del amor, habrá igualmente naturalezas monógamas, que no podrán concebir verdadero amor sin constancia y fidelidad, la necesidad del cambio, al cual los partidarios del amor libre atribuyen tan considerable importancia, no podrá satisfacerse sin ocasionar en otros seres humanos el dolor y el pesar. Ocurrirá á menudo lo que les sucede á una pareja de amantes en la *Safo* de Daudet. El amante contrae el lazo con el preconcebido pensamiento de que durará poco; la doncella, por lo contrario, toma aquella unión como cosa seria y muere cuando se produce la separación: «¡Así, pues, se da algunas veces el caso de que ocasionen la muerte estas rupturas!». Si es imprudente jugar con fuego, lo es mil veces más jugar con la dicha de un ser humano.

3. La personalidad individual no está de ordinario completamente formada en el período de la vida en que el amor juega más considerable papel. Si

(1) Se trata del autor anónimo de los dos escritos intitulados el uno «*Livsanskuelse grundet paa Elskovs*» (Concepción de la vida fundada sobre el amor). Copenhague, 1881, y el otro: «*Forholdet mellem Mand og Kvinde belyst gennem Udviklingshypotesen*» (La relación entre el hombre y la mujer, en la hipótesis de la evolución). Copenhague, 1884. — Véase del mismo en «*Tilskueren*» (1885), el artículo «*Om en Reaktion mod den moderne Stræben efter større sexuel Sidelighed*» (sobre una reacción contra las aspiraciones modernas hacia una mayor moralidad sexual).

este sentimiento ha producido la formación de un vínculo conyugal, trátase de saber si la evolución de las dos personas que une podrá proseguirse sin detrimento de su mutua armonía. La cuestión es tanto más grave cuanto que no son tan sólo los dos individuos en general, sino en especial el sentimiento que los une el que podrá experimentar y experimentará indudablemente modificaciones en el decurso del tiempo. Si la evolución es dichosa, el amor se transformará de pasión ardiente en afección profunda, la cual podrá tener, sino la misma violencia y el mismo arrebato, cuando menos una misma intensidad, tan grande como la primera en sus comienzos.

La evolución á la cual tanto los individuos en su conjunto como el sentimiento particular que los une pueden estar sometidos durante su constante vida en común, no depende de su voluntad. Uno de los errores psicológicos más corrientes es el que consiste en creer que la voluntad es algo absolutamente distinto del pensamiento y de la sensibilidad, y que constituye una potencia á la cual debe hacerse un llamamiento especial para que intervenga como un *deus ex machina* y resuelva las dificultades. En las condiciones naturales y normales, la voluntad desarrolla y afirma lo que el pensamiento concibió y aprobó luego el sentimiento. Es preciso que la voluntad represente un papel desde el principio hasta el fin: sólo con esta condición podrá prestar socorro en los casos particulares apurados. Los dos individuos no están sometidos á ningún destino ciego. Su suerte está, en gran parte, entre sus manos: todo depende de la seriedad con que conciben la vida. El matrimonio, como cualquier otra especie de vida común, exige, para que perdure, imperio sobre sí mismo y constantes esfuerzos. Si se permite que cada errónea interpretación, cada diferencia de ca-



rácter ejerza influencia sobre el porvenir de la unión, la duración de ésta será corta. Si no se conoce otra satisfacción que la que proviene de la pasión avasalladora y de la acción ejercida por la novedad y lo inesperado, no es posible que ningún amor verdaderamente conyugal tenga plácido curso. Hay una manera estética de concebir la vida, para la cual el variado juego de los sentimientos constituye lo esencial y que, por esta razón, busca sin cesar el cambio y la novedad (véase III, 4). Con semejante concepción, no es posible contraer lazos matrimoniales, como tampoco, si se quiere ser consecuente, ningún otro vínculo sólido. La solidez no existe sino cuando la voluntad entra en acción, y cuando se conocen otras formas de la vida afectiva diferentes de las emociones momentáneas. Trátase de proceder de modo que el sentimiento erótico se convierta en órgano profundo de la vida personal entera, y no permanezca en estado de elemento accidental é indiferente. Por otra parte, mejor quizá que los demás, es apto para unirse íntimamente á los otros elementos de la vida. Uno de los últimos estoicos (entre los cuales, por otra parte, como hemos observado ya, se encuentra la concepción del matrimonio más ideal que la antigüedad conociera) estuvo en lo justo al comparar el matrimonio con una «combinación perfecta» análoga á nuestra combinación química, por oposición á la mezcla, mecánica más que otra cosa, que representan las relaciones de parentesco y de amistad (1). Aquel que teme sufrir semejante metamorfosis, ó recela que no la corone el éxito, experimentará vacilaciones antes de casarse. Pero la relación de los dos sexos podrá mostrarse bajo un aspecto completamente distinto

(1) Bonhöffer. *Die Ethik des Stoikers Epictet.* — Stuttgart, 1894, p. 88.

según se la conozca antes de aquella metamorfosis ó una vez realizada. Un observador que ha hecho profundos experimentos en los presos (1) observa: «Aunque las personas caídas bajo la acción de la justicia provengan evidentemente y de ordinario de las más ínfimas capas de la sociedad, su correspondencia demuestra á menudo cuánto la mayor parte de las esposas son fieles y pacientes, en tanto que sus maridos sufren el castigo de sus crímenes... Por su parte, la mayoría de los presos casados, por grande que sea su degradación permanecen sin embargo unidos por el amor á sus esposas y á sus hijos, y es sorprendente observar cómo su opinión sobre las mujeres difiere de ordinario profundamente de la de los presos no casados. El matrimonio les demuestra pronto que la mujer tiene una importancia y un valor muy diferentes de lo que supondría ser un simple instrumento de la sensualidad del macho».

En buena psicología, no debe creerse que la voluntad lo puede todo. En las circunstancias complejas que rodean, en la vida real, la relación de que hablamos, intervienen á la vez muchos elementos, y no está en poder de la más seria voluntad adueñarse de ellos. Puede suceder, también, sin que deba achacarse la culpa á ninguna de las partes, que la evolución tome una dirección desacertada, y que ocurra un desacuerdo en los caracteres y en las maneras de comprender la vida; la relación del elemento físico con el elemento ideal del amor puede desarrollarse de diferente manera, contradictoria hasta en los dos individuos; las circunstancias y los nuevos problemas que la vida trae consigo, pueden suscitar en ellos disposiciones opuestas del todo. Si

(1) Hafström. *Om Saelighedsforholdene i det danske Folk*, p. 82.



se atiende al número de condiciones internas y externas que aquí concurren, preciso será considerar como felicidad inmensa que el sentimiento primitivo resista á veces la prueba, y sufra su metamorfosis durante la evolución continua de los individuos, sin chocar con ninguno de los numerosos escollos que encuentra en el camino. Desde este punto de vista, el estoico Antipater tenía razón al considerar el acto de casarse como una acción heroica (ἡρωϊκόν). He aquí por qué el matrimonio implica la posibilidad de tantos dramas y produce tantas tragedias. Aquí, más aún que en cualquier otra parte, es imposible hacer la división exacta entre lo voluntario y lo involuntario, entre la responsabilidad y el destino. Sería muy aventurado afirmar que el sentimiento durará siempre, por más serio que haya sido en su origen. Puede muy bien haberse mostrado así al principio, y la evolución ulterior haberle quitado los alimentos sin los cuales es imposible que subsista.

4. Un punto de apoyo esencial, en la metamorfosis experimentada por el amor durante la vida continuada en común, es la comunidad de las tareas que se imponen á los cónyuges y la actividad que en ellas despliegan. Han de trabajar juntos para atender á su subsistencia material, y han de luchar contra los mismos obstáculos. Pueden trabajar en común para su desarrollo mental: si asocian sus investigaciones, les será también más fácil concordar en los resultados. — Sin embargo, la solicitud común es la que juega el papel más considerable para los hijos. La comunidad de pesares y de sacrificios los aproxima más todavía de lo que estaban en la riente y placentera época de sus primeros amores. Su mutua simpatía vuélvese más profunda y más intensa. Se juzgan tanto más responsables de la conservación del lazo conyugal, cuanto no es solamente su destino

propio, sino también el porvenir de varios seres indefensos el que depende de su seriedad y de su dominio de sí mismos (1). Con esto vemos claramente cuantas ventajas presenta la monogamia sobre la poligamia. Sólo en el casamiento monógamo puede el hijo hallar en sus padres un amor completo y perfecto; sólo en él puede reinar dentro del hogar perfecta unión y armonía. Aun en el caso de que el principal motivo del matrimonio no hubiese sido el amor, sino razones de conveniencia, sobre todo de interés, ó bien el deseo de dejar una posteridad, puede no obstante producirse una estrecha unión gracias á una substitución de motivos. La comunidad de tareas, la inteligencia mutua entre las personas á que puede dar lugar la vida en común son capaces de engendrar una simpatía que á menudo no es menos profunda que la producida por el amor y sus metamorfosis. Si el matrimonio no ha tenido por razón determinante el deseo de dejar una posteridad, los hijos constituyen un valor nuevo, resultado de la unión contraída. La evolución del matrimonio puede, pues, suministrar, en casos particulares, ejemplos de las tres especies de metamorfosis enumeradas antes (XIII, 4).

(1) Carlos Darwin cuenta de su padre, que era médico: «Gracias á la confianza que inspiraba, infinidad de enfermos, las mujeres en particular, le consultaban... como á un confesor... Mi padre recibió de este modo muchas confesiones extrañas, ya de culpabilidad, ya de infortunio. Observó que el número de mujeres desgraciadas que había conocido era considerable. En diversos casos, mujeres y maridos habían vivido en buena inteligencia veinte ó treinta años; después de este lapso de tiempo, se aborrecían de todo corazón. Mi padre atribuía este sentimiento á la desaparición de los vínculos creados por los hijos, desaparición debida á que éstos se habían vuelto adultos.» (*Vida y correspondencia de Ch. Darwin*). Son necesarios, por consiguiente, otros vínculos.



5. La manera como hemos caracterizado el matrimonio en lo que precede, excluye no solamente la poligamia, sino también la monogamia no libre, en la cual la mujer deja de ocupar una situación igual á la del hombre, ya porque en vez de escoger libremente, se ha casado obedeciendo á su familia, ya porque no tiene los mismos derechos que el hombre, ó porque no es su igual bajo el aspecto intelectual y moral. Esta última razón da la clave de las dos primeras. Si la mujer está esencialmente confinada en una oscura vida afectiva é instintiva, y si se considera su misión limitada á los cuidados del hogar y de los hijos, es imposible que esa mujer sea otra cosa sino un accesorio para el hombre, cuya vida sólo puede llenar de una manera harto restringida. Para ascender, le falta la independencia del pensamiento y de la voluntad, condición necesaria para poder escoger y para dar muestra de su valor, una vez realizada la elección. El matrimonio es entonces, en sus puntos esenciales, una relación entre una parte activa y otra pasiva, y no alcanza la perfección de que es susceptible hasta que ambas partes vuélvense activas cada cual á su manera, y pueden, con una simpatía inteligente, prestarse mutuo apoyo en sus actos. La división del trabajo podrá en este caso regularse según su individualidad, y la superioridad que mejor convendrá á una de las partes, será la que resulte de sus cualidades naturales. No hay necesidad de que un decreto arbitrario de la ley decida quién debe ocupar el primer puesto. Pero este resultado sólo podrá obtenerse por medio de un desarrollo de las cualidades de la mujer mucho más completo de lo que se le ha juzgado posible y legítimo hasta estos últimos tiempos. Sólo entonces alcanzará su fin la monogamia. Claro es que la mujer no se librárá jamás de las funciones que la naturaleza le ha asignado una vez por todas: no es posible

renunciar á un destino *realmente* natural. Estudiaremos esta cuestión más detalladamente luego.

La diferente situación que el hombre y la mujer ocupan hasta aquí en el matrimonio, según las ideas corrientes, evidénciase sobre todo en la diversa manera de juzgar su infidelidad. Parece natural que la gran severidad con que se juzga la infidelidad de la mujer tenga su explicación en las consecuencias que para la familia acarrea, consecuencias mucho más graves naturalmente que aquellas á que puede dar lugar la infidelidad del hombre cuyas aventuras extra-conyugales no tienen necesariamente efectos apreciables á este respecto. Estas razones pierden sin embargo su valor ante la completa igualdad de los derechos exigida por la monogamia libre. Si no está satisfecho con esta exigencia, la poligamia existe en realidad. Asimismo, la diferencia de los juicios formulados sobre la infidelidad masculina y femenina proviene de una etapa de la evolución en la que la mujer consideróse como propiedad del hombre (véase XV, 1). Esta diferencia se ha conservado aun después que la monogamia libre ha sido oficialmente reconocida.

Un autor italiano, Mantegazza (1), defiende vivamente esta diferencia de juicios. Para ello se apoya en dos razones principales. En primer lugar, toda la tarea moral de la mujer debería, según él, consistir en la familia. Mientras que al hombre se le exige una infinidad de virtudes, y se ve obligado á trabajar y á luchar en medio de tantas y tan variadas condiciones, á la mujer lo único que se le exige es la fidelidad: «¿por ventura es demasiado?» En segundo lugar, el hombre, por su naturaleza, se ve incitado á la poligamia: es más inconstante, más brutal, más caprichoso y sensual que la mujer, á la

(1) *Die Physiologie der Liebe*, Iena, 1877, p. 351 y sig.



cual no domina tan fácilmente la excitación de los sentidos. Mantegazza pinta esta diferencia con tan vivos colores, que cuesta trabajo comprender cómo un ser tan puro puede sucumbir á veces. Cuando menos, sería equitativo no formular un juicio harto severo contra el ángel caído, sino contra el perverso demonio que la impulsó á la caída, sobre todo si les asiste razón á quienes creen que la caída de la mujer se debe, mucho más frecuentemente que la del hombre, á motivos superiores á los de la simple sensualidad. — Que existe cierta diferencia, no puede en verdad negarse. Pero es exagerarla fuera de toda medida limitar por completo la misión humana de la mujer á los deberes de la familia. Y aun en este caso, la mujer tendría otras virtudes que mostrar además de esta virtud única, cualquiera que fuese, por otra parte, el precio de ella.

6. La monogamia libre, tal como se la ha descrito en lo que precede, es sin duda un ideal, pero no un ideal flotando en las nubes: todo matrimonio serio y dichoso ofrece una aproximación de él. La monogamia cumple del mejor modo posible el fin de la familia, primero procurando á sus miembros una completa satisfacción, y luego constituyendo un foco simpático y la mejor escuela para la nueva generación. Así, pues, importa mucho protegerla y desarrollarla.

Aunque la monogamia libre, en tanto que realmente exista, sea uno de los más preciosos resultados de la evolución histórica, vemos sin embargo á su lado por todas partes las formas inferiores de enlace sexual, aun las más inferiores de todas en plena eflorescencia. Pese al reconocimiento oficial de la monogamia libre, el hetairismo, los enlaces débiles y pasajeros no han desaparecido.

Estaría en contradicción con la historia admitir que la monogamia libre no es solamente la forma

*ideal* sino también la forma *primitiva* del matrimonio, como el hetairismo y los enlaces pasajeros son únicamente formas derivadas y corrompidas de ella. Esto implicaría ponerse no sólo en contradicción con la sociología, sino exponerse á inútiles perplejidades para explicar la posibilidad de esa humillación, y condenarse á un pesimismo impotente ante la realidad. Por lo contrario, si la monogamia libre se ha desarrollado históricamente, debemos proseguir el mismo camino, conservando lo que la naturaleza ha comenzado y desarrollado. El hetairismo y los enlaces pasajeros indican entonces simplemente que la naturaleza humana no se ha acomodado plenamente á las formas superiores de la vida social, que encierra todavía demasiados elementos para que le sea fácil realizar la forma verdaderamente humana de la vida sexual, y podrá observarse constantemente que las dos tendencias á la humanización y á la emancipación (XIII, 3) están estrechamente unidas. Cuanto más la vida sexual afecta un carácter brutal é inferior, más se retarda también en lo que se refiere á la emancipación de las personas. Tan sólo los individuos que no han alcanzado todavía su madurez intelectual toleran que se les trate como simples medios de satisfacer los deseos de los demás.

Esta evolución incompleta es causa de gran número de sufrimientos y de infortunios. A menudo se traba una lucha desesperada entre las diversas tendencias de la naturaleza humana; y esta lucha no tiene trazas de terminar por ahora. La evolución en el terreno moral avanza lentamente, sobre todo cuando se trata de someter cualquiera de las impulsiones naturales más violentas á leyes morales y sociales correspondientes á un grado de vida más elevado que aquel en que el hombre comienza solamente á diferenciarse del animal. La peor solución sería no obstante aquella que tendería á deprimir el



ideal: esto sería el principio de un retroceso. — Las prescripciones legales, la violencia y la predicación farisaica tendrían poco efecto. Una educación sana y armoniosa, un vivo sentimiento del derecho de todos los hombres á una vida personal, un gran amor hacia la humanidad, he aquí los mejores apoyos en la lucha. Lo importante sobre todo es impedir que la vida sexual se aisle del resto de la vida física. Que ejerza seducción é inspire entusiasmo como es capaz de hacerlo, nada mejor; pero que se mantenga también en los límites convenientes, puesto que no es un elemento único en el conjunto de la vida. Todo hombre que se esfuerza en conducirse con arreglo á estos principios contribuye con una parte esencial al bien del género humano.

Sin embargo, la persistencia del hetairismo no se mantiene solamente, como hemos dicho ya, porque el instinto haya guardado todavía su carácter indomable, sino también porque la privación material, las desdichas físicas y morales son obstáculos á una vida puramente humana. Si es verdad que en Londres de cada siete muchachas jóvenes una, y en Hamburgo una de cada nueve hace comercio de su cuerpo (1), la falta no es imputable únicamente al instinto natural, sino que debe verse también en ella el efecto de las circunstancias materiales y sociales. Estamos aquí en presencia de una de las ramificaciones de la cuestión social, de ese abismo al que nos dirigimos por tan diferentes lados. Más que todo es la extrema miseria la que impulsa á numerosas infelices á prostituirse (2). Un desarrollo mejor y

(1) Göttingen. *Moralstatistik*, 3.<sup>a</sup> ed., p. 197. — En Copenhague, entre las sirvientas de veinte á treinta años, la proporción de las mujeres ligeras es algo más del 1 por 100. M. Rubin, en *Nationalökonomisk Tidsskrift* (Revista de economía política), 1887, p. 40.

(2) Prosper Despine. *Psychologie naturelle*, Paris, 1868,

más independiente de las facultades femeninas dará á la vez á la mujer mayor fuerza de resistencia, aumentando en ella el sentimiento de su valor personal y la perspectiva de mejores medios para ocupar en sociedad un sitio en armonía con su mérito.

En lo que concierne al hombre, las circunstancias sociales y económicas ejercen también su influencia, ya que, en la clase media, la edad en que sus recursos le permiten casarse, sufre mayores retardos de día en día (1).

III, p. 215 («No sólo la propia miseria impulsa á las jóvenes á esta extremidad lamentable, sino también la de sus hijos, de su padre y de su madre»). Consúltese Edv. Ehlers. *Bidrag til Diskussionen om Prostitutionsspørgsmaalet* (Contribuciones á la discusión de la cuestión de la prostitución). Copenhague, 1896, p. 9. «Aquel que cree en la posibilidad de destruir la prostitución puede creer igualmente en la destrucción de la pobreza.»

(1) Rubin og Westergaard. *Aegteskabsstatistik paa Grundlag af den sociale Lagdeling* (Estadística de los matrimonios según las clases sociales). Copenhague, 1890, p. 47; 51-53.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Calle 1625 MONTERREY, MEXICO